

Eduardo Llanos Álvarez de las Asturias

Don Eduardo Llanos Álvarez de las Asturias nació en Corao, concejo de Cangas de Onís, el 12 de agosto de 1833. Sus padres, don Benito Llanos de Noriega y doña Isabel Álvarez de las Asturias Nava y Posada, residían en el *Palación*, casa solariega de la familia Noriega. Aquí nacieron los hijos del matrimonio: Amalia, Bernardo, Eduardo, Leandro, Luisa, Ana, Rodrigo y Felipe.

Eduardo acudió a la Escuela de Corao Castillo hasta los diez años. En 1843, se trasladó a vivir a Gijón junto a sus tías doña Eulalia y doña Teresa Llanos de Noriega con el fin de proseguir sus estudios. En septiembre de 1846, fue admitido en la Escuela Especial de Gijón, antiguo Real Instituto Asturiano fundado por don Gaspar Melchor de Jovellanos; en este centro cursó los estudios de Cálculo y Náutica, graduándose en junio de 1850.

Su padre, don Benito, decidió entonces enviarlo a América. Salió en dirección a Cádiz en septiembre de aquel mismo año y desde allí embarcó el 30 de diciembre.

Estancia en Chile

Vivió en Chile y Perú durante cuarenta y siete años, en el curso de los cuales desempeñó muy diversas ocupaciones.

En el puerto de Iquique, donde residió de 1876 a 1890, llegó a ostentar los cargos de vicecónsul de España, presidente de la Sociedad de Beneficencia Española, administrador del Gremio de Jornaleros y constructor de Obras Públicas Municipales. De vuelta a Santiago de Chile, fue nombrado inspector de Obras Fiscales en Construcción, cargo que ocupó de 1890 a 1893 y, más tarde, en 1894, superintendente de la Exposición de Minería y Metalurgia que se celebraba en dicha ciudad.

Sin dejar de sentirse español, don Eduardo se integró en el país en que vivió gran parte de su vida: Chile. Fue un activo partidario de la necesidad de estrechar las relaciones entre las jóvenes repúblicas iberoamericanas y la antigua metrópoli, demostrando su lealtad a ambas en momentos muy difíciles.

Durante la guerra del Pacífico, que enfrentó a Perú y Chile con España de 1864 a 1866, los españoles que se habían establecido en aquel país pasaron por momentos muy difíciles. Internados en Santiago y confiscados sus bienes, muchos necesitaron de la ayuda de la Sociedad Española de Beneficencia, que comisionó a don Eduardo para socorrerles. Desempeñó el encargo con tanta entrega y tan desinteresada dedicación, que dicha sociedad acabó debiéndole dinero.

Pocos años después, residiendo en Iquique (por aquel entonces bajo soberanía peruana) se declaró la guerra entre Chile y Perú y Bolivia por el territorio de Antofagasta. El 21 de mayo de 1879 tuvo lugar un combate naval en el que fue echado a pique el buque chileno *Esmeralda*. Don Eduardo, aún sabiendo que estaba siendo vigilado desde el principio del bloqueo por ser sospechoso de simpatía con la causa chilena, dio sepultura a los cadáveres del capitán Arturo Prat, comandante del barco, y del teniente Serrano, muertos al abordar el *Huáscar*. Tomada Iquique por los chilenos poco después, se hizo público este hecho y se despertó un sentimiento de gratitud hacia el señor Llanos y hacia España, que hizo a las autoridades replantearse el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con nuestro país, rotas a raíz de la guerra del Pacífico.

Londres

En 1889 se trasladó a Londres para ponerse al frente de la oficina de la compañía salitrera de los señores Granja Domínguez y Astoreca. Tenía más de sesenta años y empezaba una nueva vida en un nuevo país, pero la actividad que desarrolla en esta época de su vida es la de un hombre en plena madurez. Desde su cargo de presidente de la Cámara de Comercio de España en Londres, intentó favorecer el comercio entre Gijón, como punto de salida de productos asturianos, sobre todo carbón, e Inglaterra. Para ello se puso en contacto con don Luis Adaro, los señores Felgueroso, sucesivos alcaldes de Gijón y otras personas notables de la ciudad. Mantuvo correspondencia también con personalidades del ámbito cultural asturiano, como don Julio Somoza, para el que conseguiría las cartas de don Gaspar de Jovellanos a lord Holland, celosamente guardadas por los descendientes de éste en la Holland House (Londres); o don Fermín Canella, rector de la Universidad de Oviedo, al que sufragaría la segunda edición de la *Historia de la Universidad de Oviedo* (1904).

Antes de fijar su residencia en Londres, a finales de 1897, don Eduardo había hecho un corto viaje a España para pasar unos días en Corao en compañía de su familia; recorriendo los lugares en que había pasado su niñez, visitó la Escuela de Corao Castillo, donde había estudiado medio siglo antes, y la encontró en el mismo estado en que la había dejado. La idea de fundar una escuela en la zona, que rondaba la mente de don Eduardo desde sus tiempos de Chile, se afianzó en su ánimo. Pensaba en una escuela que fuera algo más que un parvulario, que impartiera una formación profesional que capacitase a los alumnos para afrontar el futuro en su tierra sin necesidad de emigrar, poniendo a su alcance los materiales más modernos y los métodos de enseñanza más avanzados. Por fin, el 31 de enero de 1900 se inauguró en Corao la *Escuela don Rodrigo Álvarez de las Asturias*, así llamada en honor del famoso caballero, antepasado suyo. Este establecimiento permanecería abierto hasta el 31 de agosto de 1907, siempre con el maestro don Antonio Nava al frente.

Estando en Londres, inició la publicación de los *Recuerdos de Asturias*, serie de tres álbumes gráficos en fototipia en los que reunió dibujos de su hermano Leandro, fotografías y mapas de distintos lugares de Asturias y cuadros estadísticos de la escuela de Corao. Con esta colección pretendía, además de contribuir a la financiación de la nueva basílica de Covadonga, todavía sin finalizar, dar a conocer nuestra región. La lámina 1, dedicada a Covadonga, se editó en Londres en 1899; en 1902, vieron la luz los *Recuerdos de Asturias. Primera serie: números 2 a 10*; en 1903, *Recuerdos de Asturias. Segunda serie: números 12 a 20*; la lámina número 11 se publicó suelta y, a diferencia de las demás, es a color; en 1905 dedicó la *Tercera Serie: Escuelas*, reimpresión de láminas anteriores, a diversos establecimientos de enseñanza. De 1905 a 1911 fue publicando por separado las láminas 21 a 28, que se podrían considerar como una cuarta entrega aunque no llegaron a publicarse como tal. Estas últimas fueron impresas en Barcelona (fototipia y litografía Samsot y Missé Hermanos). Por último, imprimió un *Saludo de los españoles residentes en Valparaíso al almirante don José Luis Hernández Pinzón*, reproducción de un dibujo a pluma hecho por él mismo en Santiago de Chile en 1863 con motivo de la visita de la Escuadra del Pacífico al referido puerto chileno. Algunas láminas, sobre todo la número 1, se pusieron a la venta en Covadonga, pero la mayoría fueron regaladas a instituciones de enseñanza, ayuntamientos y amigos.

En 1902 costeó la edición de la *Reseña histórica del Instituto Jovellanos de Gijón*, escrita por don Rafael Lama y Leña, a la sazón secretario de aquel centro, y la monografía de don Jesús F. Martínez Elorza *Orígenes y estado de la Biblioteca del Instituto de Jovellanos*; don Julio Somoza se encargó de la corrección de los

manuscritos y de las negociaciones con el impresor en Gijón, Lino V. Sangenís (recordemos que don Eduardo residía por aquellas fechas en Londres).

Regreso a Asturias

En diciembre de 1908 se cierra la agencia de Granja y Cia. en Londres y don Eduardo regresó a España. Viviría en Corao los diecinueve años que aún le quedaban de vida junto a sus hermanos Leandro y Amalia. Aquí colaboró con la cooperativa agrícola El Despertar, creada en Corao; con la efímera Cámara de Comercio de Cangas de Onís, de la que fue presidente durante un año; visitaba con frecuencia a su sobrino segundo don Sebastián de Soto Cortés en su palacio de Labra; y seguía en contacto con sus muchos amigos de España y América, convirtiéndose en entusiasta divulgador de la cultura y el paisaje de la zona. Finalmente, murió en el palacio de Corao el 4 de marzo de 1927.

En reconocimiento a toda una vida dedicada a fortalecer las relaciones entre España y Chile, le había sido concedida por el Gobierno Español la Cruz de Segunda Clase del Mérito Naval en 1902 y la Cruz del Mérito Militar por el de Chile en 1904. El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, por su labor educativa, le nombró en 1907 Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII.

Dos años después de su muerte, en 1929, tuvo lugar en el cementerio parroquial de Abamia un homenaje de la Armada de Chile a don Eduardo Llanos, colocando sobre la losa del sepulcro una placa en la que se lee: “Homenaje de gratitud al señor Eduardo Llanos Álvarez de las Asturias. La familia del capitán de Fragata de la Marina de Chile, Arturo Prat. Año MCMXXVII”.